

Alberto Torres Blandina

JÁVEA

*Una irreverente novela
autobiográfica cargada de crítica
social y furiosa actualidad.*

Candaya Narrativa, 69

Primera edición: octubre 2020

Diseño de la colección: Francesc Fernández

Imagen de cubierta: Miriam Lozano

ISBN: 978-84-18504-17-4

21x14 cm; 192 págs.

PVP: 16€



FRAGMENTO DE JÁVEA

(En septiembre de 2012, tras enterarse de la noticia, muchos padres colombianos decidieron no poner nombre a sus bebés. También de otros países, pero sobre todo de Colombia. En cuanto nacieron, comenzaron a llamarlos con apelativos cariñosos: *papito, mi amor, mi rey*. No fue hasta el 22 de enero de 2013 que todos estos niños, porque solo afectó a los varones, recibieron por fin un nombre. Algunos tenían ya cinco meses de edad.

El elegido para todos fue el mismo: Milan.

A las 21:33, pesando casi 3 kilos, había nacido en una clínica de Barcelona Milan Piqué Mebarak, primer hijo de la cantante Shakira y del jugador de fútbol Gerard Piqué.

La colombiana Shakira tenía en ese momento varias mansiones, siendo una de las más famosas la de bahía vizcaína en Miami Beach. La mayoría de estos padres pacientes vivían en barrios humildes y marginales. Pero sus hijos, al menos eso sí, se llamaban como el hijo de la barranquillera y el defensa del Barça)

Tengo dieciocho años recién cumplidos y quiero ser periodista, pero los jefes de la fábrica creen que mi idea es abandonar los estudios, por eso me dan el trabajo más duro. Así se dará cuenta de lo que significa ganarse el pan. Supongo que no es la primera vez que ocurre esto, que un empleado pide trabajo para su hijo en cuanto cumple la mayoría de edad. Tal vez hasta son los propios padres los que dicen esa frase a sus jefes: dale el trabajo más duro para que se dé cuenta de lo que significa ganarse el pan. La cadena de montaje de traviesas para vías ferroviarias es probablemente el peor puesto de la fábrica pero se gana mucho dinero. Vas a ver que esto no es un paseo, que es mejor sacarse algún título. Lo dice el capataz. No me ha preguntado a mí, sino que ha dado por buena la versión de los jefes. Los jefes no le han preguntado a mi padre, sino que han supuesto que no quiero estudiar, que solo quiero conseguir dinero fácil. Yo respondo tímidamente que mi intención siempre ha sido y sigue siendo ir a la universidad y el capataz me mira con media sonrisa, como si no me creyera, como si no creyera que alguien pudiese preferir la universidad –libros y precariedad– a tener un sueldo tan alto haciendo traviesas. Se siente un triunfador. Solo tiene el graduado escolar pero tras muchos años de peón ahora es capataz. Ha asumido que todos lo miran con envidia y por ello se comporta con cierta prepotencia. En una sociedad capitalista el valor de las cosas lo marca el precio de las cosas y él tiene un reloj de oro, un polo Lacoste, un coche grande y un apartamento en la playa, a diez minutos conduciendo desde su vivienda habitual. Todo muy caro, por supuesto. Más caro si pudiera permitirselo, para que cualquiera sepa con un solo golpe de vista lo que vale. Aquí tienes el mono, el casco, los auriculares aislantes, las gafas protectoras, las botas, los guantes y un delantal de protección química. Vas a trabajar con productos peligrosos y al lado de una hormigonera muy ruidosa. Habla con autoridad. No deja huecos en su discurso para que yo pueda contarle que mi plan es justo el contrario del que todos creen en la fábrica: ganar dinero para estudiar periodismo, pues la única universidad que hay en Valencia es privada y mis padres no se lo pueden permitir. La solución es trabajar durante las vacaciones. Tus compañeros te explicarán lo que debes hacer, acaba. Es agosto. Me he puesto los complementos hace un minuto y ya estoy sudando. Hay algunos tipos de chicharras que permanecen bajo tierra como larvas diecisiete años, alimentándose de raíces. Cuando al fin se transforman y les crecen las alas, salen a la superficie. Viven fuera entre cuatro y seis semanas, si ningún depredador acaba antes con ellas. Los turnos son de doce horas con una parada para comer. Cuando el capataz acaba el turno se va al apartamento en la playa con su gran coche a ver cualquier cosa en su tele gigantesca. Todos quieren ser como él. Un recuerdo: era fin de semana y un vecino llamó a casa de mis padres, entró al comedor con un metro, midió el televisor y pegó un pequeño grito de alegría. ¡El mío tiene más pulgadas que el tuyo! Se le veía tan feliz que estuve a punto de tirarle cacahuetes como premio. Cuando lo cuento nadie me cree. Nadie quiere creer que existan

personas tan imbéciles. Uno de los compañeros, alto y muy delgado, tanto que parece enfermo, me explica lo que debo hacer: mover un carro, meter unas varillas, ayudar a girar el molde, esperar unos segundos a que se llene de hormigón, alisar, quitar las varillas, sacar el carro, etc. Mi tarea dura unos tres minutos y de nuevo vuelta a empezar. La cadena no para nunca. Si vas al baño, los otros tienen que hacer tu trabajo. Mi madre me contó una vez que en el almacén de naranja debía pedir permiso al jefe para abandonar la línea y este tardaba tanto en darlo que algunas mujeres, sobre todo las mayores, se orinaban encima. Me imagino a ese capataz besando a su madre anciana, Cómo estás, mamá, mientras sus empleadas solo unos años menores se mojan las bragas y siguen cribando naranjas con la entrepierna húmeda y tal vez una mancha que se va filtrando. Pues aquí estoy, hijo mío, con las bragas secas, no como tus empleadas, pero qué más te dan las empleadas, ¿verdad? Te crees buena persona porque quieres mucho a tu madre, pero te equivocas, hasta las hienas protegen a su familia, hijo, hasta Pablo Escobar y Charles Manson amaban a los suyos, aunque suene a lugar común... El capataz me deja en mi puesto y vuelve a su despacho al fondo de la nave. Nos mira tras el cristal sucio de la ventana que da a su escritorio. No es la primera vez que trabajo. A los catorce años hice de ayudante de electricista. No aprendí nada y me lo gasté todo –apenas– en libros. El capataz no lo entendería si se lo contara. No se puede fanfarronear con libros. Aquí se fanfarronea con las drogas y con las putas y con las teles grandes que casi no caben en el comedor.